

Ayuda humanitaria

Como no podía ser de otra manera, durante las últimas fiestas navideñas y de año nuevo fuimos sacudidos una vez más por una gran ola de anuncios publicitarios destinados a la complacencia del ego y a acallar el vacío interno mediante las compras de numerosos regalos y “bienes de consumo”. Sin embargo, estas pasadas fechas, hemos sido impresionados también por otra inmensa ola de efectos no menos devastadores llamada *tsunami*, que ha arrasado gran parte de Asia, y hemos escuchado sentados en nuestros sillones, mientras disfrutábamos del turrón al calorcito de los seres queridos.

odos desde nuestras casas hemos seguido atentamente el muy lamentable desastre y el posterior recuento de víctimas mortales. Ante estos acontecimientos sobrecogedores suelen surgir en la mente de cada persona, creyente o no creyente, una serie de preguntas propias de no ser capaces de comprender hechos que nos superan: ¿Se trata de un castigo de Dios? ¿Se habrá quejado la naturaleza por causa del abuso a que la sometemos diariamente desde todos los lugares del planeta? Creencias religiosas aparte, es difícil aceptar un hecho como este. ¿Cómo es posible que Dios permita tantos desastres? ¿Cómo podemos desear feliz 2005 a nuestros familiares y amigos e ignorar a las familias para las que el pasado 2004

finalizó tan trágicamente? ¿Cómo seguir jugando en la arena y tomando el sol en las playas de un mundo inundado de pérdida y dolor humanos?

A todos estos interrogantes se añaden dos más: ¿Cuál será el destino de tantos miles de personas que habrán muerto sin conocer a Cristo? ¿Qué podríamos haber hecho nosotros para ayudarlas?

¿Se habrán salvado?

«Entre los paganos hay quienes adoran a Dios ignorantemente, quienes no han recibido jamás la luz por un instrumento humano, y sin embargo no perecerán. Aunque ignorantes de la ley escrita de Dios, oyeron su voz hablarles en la naturaleza e hicieron las cosas que la ley requería. Sus obras son evidencia de que el Espíritu de Dios tocó su corazón, y son reconocidos como hijos de Dios [...]. El amor de Cristo no se limita a una clase. Se identifica con cada hijo de la humanidad.» El Deseado de todas las gentes, página 593.

Dios, en su infinito amor, desea salvar a cada ser humano que ha creado, y continuamente trabaja en esa dirección. Pero entonces, podremos preguntarnos, ¿para qué tenemos que predicar nosotros, para qué testificar si muchos de los que no conocen a Dios se salvarán igualmente? Para que puedan gozar de esa salvación ya en esta vida; para que disfruten del reposo aquí, sin tener que esperar a

la Tierra Nueva; para que puedan recibir las inmensas bendiciones que provienen del conocimiento del verdadero Dios, y dejarlas como el mejor legado para sus hijos; porque Dios ha puesto en nuestro corazón un gran amor hacia ellos; para que nuestra fe y experiencia cristiana crezcan y se fortalezcan mediante esa tarea.

Nuestro papel

Miro con verdadera preocupación la a veces excesiva pasividad de los adventistas, la tranquilidad con la que somos capaces de vivir, la incapacidad de comprometernos en la gran tarea de aliviar el dolor humano, de aportar a las vidas de los que nos rodean esa única esencia que puede llenar su vacío, a la par que llena el nuestro. Debemos ser conscientes de que la mayor necesidad que tiene el mundo hoy es la de hombres y mujeres que muestren a Cristo, su amor por la humanidad, y lleguen a los corazones con un mensaje de perdón. Ese tipo de ayuda humanitaria constituye una necesidad de primer orden. Esta es nuestra responsabilidad real, ineludible. No respondamos a ella con indolencia, cerrando los ojos o cambiando el canal de nuestras mentes. Muchas almas sinceras, buscadoras de una mayor luz para sus vidas, están esperando por nosotros.

MÓNICA DÍAZ

Redactora de Editorial Safeliz.